

IV. ALIANZA DE CIVILIZACIONES, DE PROPUESTA CONTROVERTIDA A IMPERATIVO POLÍTICO

*Isaias Barreñada**

Una vez preguntaron a Gandhi qué opinaba de la
civilización occidental
Éste respondió: «¿Civilización occidental? Bueno, sería
una excelente idea»

A los pocos meses de ser nombrado presidente del gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero propuso la puesta en marcha de una «Alianza de Civilizaciones» encaminada a colmar la creciente brecha cultural y política entre Occidente y el mundo árabe y musulmán. Realizó esta propuesta en su primera intervención ante la Asamblea General de Naciones Unidas (en el 59º periodo de sesiones, septiembre de 2004). La formulación tiene el indudable atractivo de que se contrapone a uno de los últimos paradigmas de las relaciones internacionales, el polémico «choque de civilizaciones», y por lo tanto cuestiona las teorías que ligan identidad y seguridad y que sostienen la ineludibilidad del conflicto de base cultural y religiosa.

La iniciativa se ha convertido en una de las propuestas más innovadoras y con más eco de la política exterior española, y en torno a ella se ha construido poco a poco un amplio apoyo en la comunidad internacional que ha permitido que sea asumida formalmente por el secretario general de Naciones Unidas.

La propuesta se formuló ligada a la necesidad de aunar esfuerzos para luchar contra el terrorismo y la inseguridad a escala global, para lo

* Isaias Barreñada es politólogo y colaborador del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM).

que se proponía la utilización de medios no convencionales y no solamente militares. «El terrorismo no tiene justificación (...) pero se pueden y se deben conocer sus raíces, se puede y se debe pensar racionalmente cómo se produce, cómo crece, para combatirlo racionalmente. (...) La seguridad y la paz sólo se extenderán con la fuerza de Naciones Unidas, la fuerza de la legalidad internacional, la fuerza de los derechos humanos, la fuerza de la democracia, de los hombres sometidos a las leyes, de la igualdad, de la igualdad de las mujeres y los hombres, de la igualdad en las oportunidades se nazca donde se nazca. La fuerza frente a quienes manipulan o quieren imponer cualquier religión o creencia. La fuerza de la educación y la cultura. La cultura es siempre paz. Consigamos que la percepción del otro esté teñida de respeto. La fuerza del diálogo entre los pueblos. Por eso, como representante de un país creado y enriquecido por culturas diversas, quiero proponer ante esta asamblea una Alianza de Civilizaciones entre el mundo occidental y el mundo árabe y musulmán. Cayó un muro. Debemos evitar ahora que el odio y la incomprensión levanten otro. España somete al secretario general, cuya labor al frente de la organización apoya con firmeza, la posibilidad de constituir un Grupo de Alto Nivel para llevar a cabo esta iniciativa».¹

La propuesta llamó la atención, en primer lugar, en España, ya que no había conocimiento previo de ella. Por contra, en un primer momento su eco fue bastante limitado en la escena internacional, pero la Presidencia del gobierno hizo de ella una línea de trabajo prioritaria en su acción exterior.

En los meses siguientes, varias intervenciones del ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación, Miguel Ángel Moratinos, y del presidente del gobierno, fueron precisando el contenido y la dimensión política de la iniciativa. En palabras de Moratinos: «Debemos proclamar un nuevo paradigma, abriendo canales de comunicación entre los diversos pueblos del mundo, de manera que la diversidad no sea una amenaza para la seguridad sino que, por el contrario, se perciba como una riqueza que estimule el conocimiento y los intercambios a través del diálogo y la cooperación. (...) Pretendemos ir más allá del diálogo para concentrar-

¹ Intervención del presidente del gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, ante la Asamblea de Naciones Unidas (21 de septiembre de 2004). En: www.un.org/webcast/ga/59/statements/spaeng040921.pdf.

nos en la conformación de un gran consenso político internacional alrededor de una serie de acciones concretas. Este énfasis en la acción es precisamente el elemento más innovador de la Alianza». Continuaba: «La mejor manera de estructurar esta propuesta será dentro de un marco universal. No puede ser patrimonio de un país concreto. El foro más apropiado es la Organización de Naciones Unidas, que dispone de un mandato y una legitimidad insustituibles, y que ha dado muestras de capacidad para asumir los grandes retos del futuro».

Y señalaba dos posibles ámbitos principales de intervención: el político y de seguridad, y el cultural y educativo. «Los esfuerzos en el ámbito político y de seguridad deberían centrarse en la consolidación de un orden internacional más estable, pacífico y justo. (...) Creemos que la mejor manera de resolver estos problemas es a través del abandono del uso ilegítimo de la fuerza como medio de resolución de los conflictos, sustituyéndolo por el multilateralismo eficaz. (...) En el ámbito cultural y educativo (...) debería centrarse en la promoción del diálogo de culturas, la profundización de los valores compartidos y el estudio y tratamiento de las amenazas comunes. (...) Por su importancia en el mundo moderno, especial atención deben recibir los medios de comunicación, con el objetivo de que sirvan de canales para promover un mejor conocimiento exento de prejuicios. En el campo educativo, hemos de promover una educación capaz de prevenir la intolerancia, el conflicto y los prejuicios».²

El presidente Rodríguez Zapatero daría más precisiones e introduciría otros elementos:³ «Alianza de Civilizaciones representa que personas, ciudadanos, que forman parte de distintos pueblos, de distintas culturas y de distintas civilizaciones, se unan para anteponer su condición de ciudadanía universal a su condición de pertenencia a una determinada cultura, a una determinada religión o a un determinado país. En un mundo donde la globalización preside el decurso de la historia, en

² Discurso del ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación en la Liga Árabe, sobre la Alianza de Civilizaciones (10 de diciembre de 2004). En: <http://www.mae.es/mae/MINISTERIO/muestra.jsp?catId=62029&catalogName=publishing/ADMARTICULO>.

³ UN Secretary-General's press encounter with the President of the Government of Spain [Prime Minister] José Luis Rodríguez Zapatero, Madrid, España, 9 de marzo de 2005. <http://www.un.org/apps/sg/offthecuff.asp?nid=695>.

un mundo donde el orden internacional tiene hoy más posibilidades que nunca de construirse en torno al Derecho y no la fuerza, la Alianza de Civilizaciones es una condición necesaria para que ese objetivo de orden internacional justo, basado en el Derecho y no en la fuerza, avance terreno y consolide los deseos de la inmensa mayoría de los países».

De esta forma se presentó la Alianza de Civilizaciones: como una iniciativa política y cultural para dar respuesta a los problemas de seguridad de carácter global; diferenciada del acercamiento esencialmente securitario imperante; que requiere un consenso político fuerte de la comunidad internacional en el marco de Naciones Unidas; que se traduzca en intervenciones concretas en el campo educativo, cultural y de la comunicación, y que implique también a las sociedades civiles.

El hecho de que la iniciativa fuese planteada por el gobierno español se explica por razones que tienen que ver con la política interior y exterior del país. Se hizo en un contexto muy particular: el retorno de la socialdemocracia tras ocho años de gobierno conservador, precedido por fuerte debate público sobre la política exterior y la necesidad de definir una nueva diplomacia pública.

En la última fase del gobierno conservador (1996-2004) se rompió con una tradición de consenso en política exterior entre las principales fuerzas políticas. El ejemplo más ilustrativo fue la cuestión iraquí en la que, a diferencia de otros socios europeos, el entonces presidente José María Aznar optó por el alineamiento con Estados Unidos y ordenó la participación del ejército español en la guerra, con la finalidad de mostrar a España como «aliado serio y actor de peso en la escena internacional». Esta decisión, acompañada de una visibilidad desproporcionada (que algunos han denominado «histrionismo exterior») provocaron una amplia contestación entre la población. Los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004 en Madrid fueron percibidos como una consecuencia de esa política e influyeron en los resultados de las elecciones celebradas unos días después, en cuya campaña la política internacional ya había tenido un protagonismo especial. El éxito de los socialistas se debió, en gran medida, a que se beneficiaron de la «energía social» contraria a la participación española en la guerra en Irak.⁴

⁴ Isaiás Barreñada, Iván Martín y José Antonio Sanahuja, «L'Espagne et la guerre en Irak», *Critique internationale*, 23, 2004, pp. 9-22.

El nuevo gobierno socialista lanzó, en los meses siguientes, varios mensajes fuertes para mostrar el giro en la política exterior, entre ellos la retirada inmediata de las tropas de Irak. La propuesta de Alianza se inscribió en esta dinámica. Expuesta en el principal foro global, confirmaba una apuesta por hacer una política diferente, basada en el multilateralismo (y no sólo se diferenciaba de la opción del gobierno precedente, sino que a primera vista aparecía como la antítesis del paradigma de «choque de civilizaciones»). De esta forma, con la iniciativa se lanzaba un mensaje positivo a la opinión pública, intentando prolongar en el plano interno el apoyo popular a la nueva política exterior.

Finalmente, la iniciativa aprovechaba una oportunidad para la nueva diplomacia pública española, y constituye uno de sus puntos fuertes. En este campo, hay que señalar los logros del gobierno socialista de Felipe González, que a través de megaeventos (como la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992), y de iniciativas concertadas (como la Conferencia Euromediterránea de Barcelona, en 1995), contribuyó de manera muy eficaz a crear en el exterior una imagen positiva, de una nueva España democrática y desarrollada. Sin embargo, los gobiernos conservadores no fueron capaces de rentabilizar este patrimonio y actualizarlo.⁵

La nueva diplomacia pública que ahora se articula pretende combinar ese capital previo con una serie de decisiones en materia de política exterior que sintonizan con la opinión pública internacional. La retirada de Irak potenció la imagen de España en el exterior, en Europa pero especialmente en los países árabes y musulmanes, y lo mismo se pretendía con la Alianza de Civilizaciones. El principal activo de España como potencia en el campo cultural (una modalidad de *soft power*; según Joseph Nye) reside en su imagen y su patrimonio cultural y lingüístico. En el actual contexto geoestratégico, en el que aumenta el interés por la cultura y los valores, el valor simbólico de la propuesta permite ligar y rentabilizar varios elementos de los que dispone hoy España: diversidad cultural interna, iconos históricos (historia de sucesivas fusiones culturales y mestizaje), carácter fronterizo (entre Europa y

⁵ Javier Noya, «Del 92 a la Alianza de Civilizaciones. Cumbres abismales en la imagen exterior de España», *Documento de trabajo*, 36/2005, Real Instituto Elcano, Madrid.

el mundo árabe e islámico), una imagen positiva en el exterior, y una apuesta gubernamental y popular por el multilateralismo y el pacifismo.

Hay dos fuentes que han contribuido a la conformación de la propuesta. En primer lugar, la idea de alianza corresponde plenamente al pensamiento de los actuales máximos responsables de la diplomacia española, con gran experiencia en las relaciones euroárabes y que, en múltiples ocasiones, han demostrado con su labor y con sus reflexiones escritas un firme compromiso con el diálogo cultural y político, así como posiciones muy críticas con el paradigma *huntingtoniano*.⁶ Por otra parte, sintoniza también con una propuesta de estrategia cosmopolita para la política exterior, tal como fue esbozada antes de ganar las elecciones por una fundación afín al partido socialista.⁷ Ésta mantiene que es posible emprender una reforma en profundidad del orden mundial con bajas dosis de conflicto militar, si se concilian tres pares de elementos: estado y sociedad civil a escala global, libertad individual y justicia social distributiva, y derechos universales y pluralidad cultural. Tal estrategia cosmopolita tendría como objetivo la gobernanza entre los principales estados o bloques regionales, y se basaría en el refuerzo de los mecanismos multilaterales en todas las esferas y en la prevención de conflictos. Todos estos elementos están en la Alianza de Civilizaciones.

En tal contexto, con estas fuentes y con la imprecisión inicial de sus contenidos, la propuesta fue de inmediato objeto de controversia en el debate político español. Por un lado, le han deparado una buena acogida diversos analistas en la prensa, los *think tanks* y la universidad, que la han considerado una iniciativa innovadora, lúcida y oportuna en el actual contexto internacional. Sin embargo, esto no la ha eximido de muchas reservas en el sentido de que es excesivamente ambiciosa y está por encima de las posibilidades objetivas de un país como España, de influencia política y peso económico limitados (a pesar de que se consideró un éxito diplomático su asunción por Naciones Unidas).

⁶ El actual secretario de Estado de Asuntos Exteriores español, Bernardino León, en el prólogo del libro de Edward W. Said *Cubriendo el Islam* (Debate, 2005, p. 25), menciona un encuentro entre el autor palestino-estadounidense y Rodríguez Zapatero, en el que discutieron varias de las ideas que subyacen en la propuesta de Alianza de Civilizaciones.

⁷ Vicente Palacio de Oteyza, *Una política exterior cosmopolita para España*, Fundación Alternativas, Madrid, julio de 2003.

Por otro lado, la oposición conservadora y los medios de comunicación afines a ella la han criticado y calificado de ingenua, irrealista e insostenible. Más aún, se considera una claudicación ante el terrorismo, en vez de apostar por una urgente transformación democrática de los países árabes y musulmanes. Supondría además «renegar de la visión, actitud y políticas que se han sostenido en la etapa de gobierno del Partido Popular en la lucha contra el terrorismo».⁸ El ex presidente del gobierno, José María Aznar, la calificó simple y llanamente de estupidez.⁹

De propuesta española a proyecto de Naciones Unidas

Como promotor, el gobierno español comenzó a buscar más apoyos, consciente de las limitaciones de un país como España y de que la iniciativa sólo podía ser llevada a cabo en el marco de Naciones Unidas. Para ello la convirtió en un elemento relevante de la política exterior española en América Latina, en los países árabes y en Extremo Oriente. Aunque en un primer momento tuvo una acogida fría por parte de los socios europeos y occidentales, poco a poco fue ganado apoyos. En un corto plazo de tiempo recibió el sostén explícito de varios gobiernos y fue asumida públicamente en varios foros y conferencias internacionales.¹⁰ La idea se extendió y se incorporó a los debates sobre

⁸ Rafael Bardají, «La Alianza de Civilizaciones. Elementos para una crítica», ponencia presentada en la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), 29 de enero de 2005, reproducida por el Grupo de Estudios Estratégicos (GEES), Análisis 77, 26 de marzo de 2005. En: www.gees.org/articulo/1238

⁹ *ABC*, 18 de julio de 2005.

¹⁰ La iniciativa fue explicada por el presidente Rodríguez Zapatero en la reunión de la Liga Árabe en Argel (22 de marzo de 2005). En: <http://www.la-moncloa.es/web/asp/muestraDoc.asp?Codigo=p2203050>. Asimismo, la propuesta fue recogida en la declaración final de la V Cumbre del Asia-Europe Meeting (ASEM), Hanoi, octubre de 2004; respaldada por la XIV Cumbre Iberoamericana (noviembre de 2004), y recogida por la Asamblea Parlamentaria Euromed (El Cairo, marzo de 2005). También por la primera Cumbre de gobiernos árabes y suramericanos (Brasil, mayo de 2005) y la Declaración de la Presidencia Europea con motivo de la Cumbre Euromediterránea (Barcelona, 27-29 de noviembre de 2005), así como en las más diversas declaraciones de iniciativas civiles y políticas. La Liga de Estados Árabes ha decidido establecer un grupo de trabajo sobre la iniciativa. En España, los representantes de las asociaciones musulmanas y el Consejo de Embajadores Árabes han declarado su apoyo (*El País*, 16 de febrero de 2006).

política internacional. A los pocos meses se conformó un grupo informal de una treintena de países amigos de la propuesta.¹¹ En la segunda mitad de 2005, la Federación Rusa, China y el Reino Unido habían formalizado su apoyo; también lo haría Washington en febrero de 2006.¹² La Unión Europea ha sido más remisa a comprometerse.

En noviembre de 2004 se informó al secretario general de la ONU, Kofi Annan, de los primeros apoyos recibidos y, en diciembre, el gobierno español y Naciones Unidas acordaron constituir un pequeño grupo de trabajo de cuatro personas para preparar la puesta en marcha de la iniciativa.¹³ Entre febrero y marzo de 2005 se fue perfilando la constitución de un panel de expertos (Grupo de Alto Nivel, GAN) al que se encomendaría la elaboración de una propuesta. En junio, el gobierno turco aceptaba la invitación española de copatrocinar la cuestión y el grupo de trabajo se amplió a seis miembros. Tras una petición expresa realizada el 14 de julio por Rodríguez Zapatero y el primer ministro turco, Recep Tayyip Erdogan, Annan anunció de forma oficial la puesta en marcha del proyecto, con la inminente designación del GAN. Éste debía elaborar un informe con recomendaciones, para remitirlo al secretario general en el plazo de un año, a finales de 2006.

En septiembre, con motivo de la 60ª Asamblea General de Naciones Unidas, tuvo lugar una primera reunión de Annan con los copatrocinadores, Erdogan y Rodríguez Zapatero. En el documento final de la Cumbre Mundial de Naciones Unidas de 2005, en el punto 144, se hizo mención explícita al Programa por la Alianza de Civilizaciones. En noviembre se creó una Oficina de la Alianza de Civilizaciones adjunta al secretario general de Naciones Unidas.¹⁴

El 2 de septiembre, por otra parte, se había anunciado la constitución del GAN, presidido conjuntamente por el español Federico Mayor

¹¹ El grupo está integrado entre otros por Argentina, Costa Rica, Egipto, España, Filipinas, Indonesia, Irán, Italia, Jordania, Malasia, México, Pakistán, Polonia, Turquía, Senegal, Suráfrica, Suecia, Tanzania, Tailandia y Túnez, además de la Organización de la Conferencia Islámica y la Liga de Estados Árabes.

¹² En una carta al ministro Miguel Ángel Moratinos (14 de febrero de 2006), la secretaria de Estado estadounidense Condoleezza Rice expresó su disposición a apoyar los proyectos que emanen de esta iniciativa, poniéndola en relación con los planes de Estados Unidos para promover las reformas políticas en los países árabes.

¹³ Kofi Annan designó a S. Iqbal Riza y a Giandomenico Picco, y el gobierno español a los diplomáticos Máximo Cajal y Juan Antonio Yáñez-Barnuevo.

¹⁴ La oficina está dirigida por Tomas Mastnak y Shamil Idriss.

Zaragoza (presidente de la Fundación Cultura de Paz y ex secretario general de la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO) y por el turco Mehmet Aydın (universitario y ministro de Estado responsable de Asuntos Religiosos).¹⁵ En su mandato se precisa que debe proporcionar una evaluación de las nuevas amenazas para la paz y la seguridad internacional, en particular de las fuerzas políticas, sociales y religiosas que alientan el extremismo; identificar las acciones colectivas que deben emprender las instituciones y la sociedad civil para hacer frente a esas amenazas; recomendar a los estados, a las organizaciones internacionales y a la sociedad civil un programa de acción para promover la armonía entre las sociedades, y establecer los partenariados que ayudarán a las sociedades a comprender mejor sus diferencias, reforzando a la vez sus puntos comunes. El grupo de expertos tiene previsto realizar reuniones trimestrales. La primera tuvo lugar en Palma de Mallorca los días 27 y 28 de noviembre 2005; la segunda se celebró el 25 y 26 de febrero de 2006 en Qatar. La última está previsto celebrarla en Turquía a finales de este año.

En suma, y a pesar del escepticismo inicial, en un plazo de dieciocho meses la propuesta ha hecho camino: de simple iniciativa española ha pasado de ser asumida por Naciones Unidas; se ha constituido un grupo de trabajo para concretar el plan de acción; cuenta con el apoyo de decenas de países, incluidos los miembros del Consejo de Seguridad, y cada vez más forma parte del discurso político internacional.

La implicación de Turquía como copatrocinadora merece especial atención. No es algo sorprendente, dada las fluidas relaciones bilatera-

¹⁵ El GAN está compuesto por 18 personalidades, de las cuales cuatro son mujeres, de diversa procedencia cultural y geográfica, pero que no representan a los estados, sino que han sido implicados a título individual por sus méritos en sus carreras políticas anteriores o académicos. Sus integrantes son Mohamed Jatami (Irán), Desmond Tutu (Sudáfrica), André Azoulay (Marruecos), Ismael Serageldin (Egipto), Ali Alatas (Indonesia), Moustapha Niass (Senegal), Mozah Bint Nasser Abdullah al Missned (Qatar), Mohamed Charfi (Túnez), Nafis Sadik (Naciones Unidas), Karen Armstrong (Reino Unido), Vitali Navkin (Rusia), Hubert Vedrine (Francia), Enrique Iglesias (Uruguay), Shobana Bhartiya (India), John Esposito (Estados Unidos), Candido Mendes (Brasil), Pan Guang (China) y Arthur Schneier (Estados Unidos). Ver: High-Level Group for the Alliance of Civilizations (SG/SM/10073/Rev.1), en: <http://daccess-ods.un.org/TMP/5292269.html>. Para su labor, se contempla una unidad de apoyo y una financiación específica mediante aportes voluntarios de los estados. Como iniciador de la propuesta, el gobierno español acordó una primera contribución de un millón de euros. Decisión del Consejo de Ministros del 15 de julio de 2005.

les entre los dos países y el claro apoyo español al ingreso de Turquía en la UE, pero para los promotores españoles es un socio de especial interés por las características del país: ubicado entre Europa y Asia, de mayoría musulmana y con una fuerte tradición de laicismo de estado, con un gobierno islamista moderado y deseoso de integrarse en la Unión Europea. A su vez, el gobierno turco ha visto en ella un medio para defender su reclamo de integración en Europa y ganar visibilidad en la escena internacional.¹⁶ En palabras de Erdogan, la Alianza es precisamente lo que Turquía quiere forjar con la UE, y a su vez la integración turca mostraría que la UE es capaz de asumir una mayor diversidad cultural y confesional en su seno.¹⁷

Los contenidos de la Alianza, riesgos y retos

Por sugerente que pueda parecer inicialmente la formulación de la iniciativa, su contenido concreto carece de precisión y apenas ha sido esbozado en unas cuantas declaraciones.¹⁸ Según sus promotores, la propuesta plantea, por un lado, contribuir a la seguridad colectiva y, por otro, abordar el creciente distanciamiento entre Occidente y el mundo árabe e islámico. En ambos casos, se pone en relación con la pobreza y el maldesarrollo, la ineficacia de la comunidad internacional ante ciertos problemas y el aprovechamiento de la frustración popular por parte de los extremistas. También asume la dificultad y las limitaciones de enfrentar el problema del terrorismo con los recursos clásicos de la seguridad y las políticas unilaterales.

Para hacer frente a esta situación, la iniciativa pretende profundizar las relaciones políticas y socioculturales entre el mundo occidental y los países árabes e islámicos, abordar las fracturas, cooperar por la se-

¹⁶ Rafael Carpintero, «La Alianza de Civilizaciones en la prensa turca», *Afkar/Ideas*, otoño de 2005, pp. 80-81.

¹⁷ Entrevista al primer ministro Recep Tayyip Erdogan, «Turquía será la alianza de civilizaciones para la UE», *El País*, 13 de octubre de 2005.

¹⁸ Un primer debate sobre las implicaciones de la propuesta de Alianza tuvo lugar en la Universidad Complutense de Madrid, los días 6 y 7 de junio de 2005. Los debates están recogidos en Isaias Barreñada y Kristina Kausch, «Alliance of Civilizations: International Security and Cosmopolitan Democracy», *Documento de Trabajo*, N° 13, FRIDE, octubre de 2005. En: www.fride.org/eng/File/ViewFile.aspx?FileId=623

guridad colectiva y restar protagonismo a los extremistas. Para ello opta por un enfoque novedoso que combina un compromiso político fuerte, basado en el multilateralismo y la legalidad internacional, y acciones concretas en el campo de la cultura, la comunicación, la educación, las representaciones y en el trabajo dirigido a la juventud. «El objetivo de la Alianza es fomentar el conocimiento y el respeto del otro, el entendimiento mutuo, la moderación, el aprecio de la diversidad y la conciencia de la creciente e inevitable interdependencia entre todos los pueblos».¹⁹

Así enunciada, la propuesta puede generar amplios consensos. Sin embargo, en estos objetivos hay ciertas implicaciones y cuestiones que el grupo de expertos deberá abordar.

Una terminología equívoca

La llamativa denominación es poco rigurosa. En ella se retoman los términos utilizados por el polémico paradigma culturalista del «choque de civilizaciones» que, tras la Guerra Fría, ha sustituido la antigua confrontación ideológica por la cultural, y que se ha visto fortalecido después del 11-S. La crítica a esta teoría radica en su esencialismo, su arbitrariedad al identificar a los agentes y la ocultación de las dimensiones fundamentales (sociales, políticas y económicas) de los intereses en juego en los conflictos. Además, resulta muy difícil definir una civilización (¿qué es hoy una civilización?, ¿quién la representa?, ¿quién dialoga en su nombre?). Se trata de un concepto que comporta una fuerte carga ideológica colonialista y que tiende a identificarse con religión o cultura.

Pero lo más paradójico es que la denominación no se corresponde con el contenido de la propuesta. El «préstamo» terminológico puede dar a entender que comparten una base conceptual y, por ello, algunas de estas críticas se podrían extender a la Alianza de Civilizaciones. Sin embargo no es el caso, ya que se trata de algo meramente instrumental. A diferencia del paradigma *huntingtoniano*, esta propuesta pone de relieve la multicausalidad de los conflictos e insiste en la necesidad de entender los fenómenos y las dinámicas que han producido las brechas. Frente a la pretendida ineludibilidad del conflicto, se centra en la volun-

¹⁹ Rodríguez Zapatero, en su intervención ante el GAN el 27 de noviembre de 2005.

tad y la factibilidad del diálogo y la cooperación, y propone intervenciones activas. La idea fuerza subyacente es, precisamente, un consenso político fuerte basado en el diálogo intercultural. La fórmula, más o menos afortunada, está fijada, pero es obvio que el desajuste entre denominación y contenido incide en su credibilidad y puede lastrar su desarrollo.

La primacía del carácter político de la propuesta

Según sus promotores, la Alianza de Civilizaciones es una propuesta esencialmente política, que requiere un fuerte compromiso de los gobiernos. Apuesta por el diálogo, el refuerzo del Derecho Internacional, el multilateralismo eficaz, la promoción de la democracia y de los derechos humanos como valores comunes, el buen gobierno, la lucha contra la pobreza y el papel activo de las sociedades civiles. Se trataría de una especie de nuevo contrato internacional, concretado en un consenso fuerte en el que deben participar los estados y las sociedades civiles, y que debe expresarse tanto en el plano interno como en el internacional.

Aquí cobra sentido el término «alianza» que, a diferencia de «diálogo» o de «asociación» (*partnership*), expresa una voluntad ofensiva en respuesta a una amenaza común. También conlleva la idea de «cooperación a largo plazo». Y, finalmente, es una alianza porque plantea un reto a todos, en Occidente y en Oriente, al uno y al otro.²⁰ Uno de los grandes retos es precisamente lo que afecta al núcleo común de valores compartidos, y su traducción efectiva a favor de los procesos democratizadores.

Por su carácter eminentemente político la iniciativa debe tener en cuenta, pero también diferenciarse, de experiencias previas de diálogo intercultural, interreligioso y de civilizaciones,²¹ tanto de ámbito universal como regional (tal como se precisa en el mandato del GAN). La

²⁰ Máximo Cajal, «Ankara, Bruselas, Madrid, Rabat: un hilo conductor», *El País*, 27 de noviembre de 2005.

²¹ Por ejemplo el Diálogo de Civilizaciones promovido por el ex presidente iraní Mohamed Jatamí en el marco de la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), iniciativa que desembocó en la resolución 56/6 (9 de noviembre de 2001), por la que la Asamblea General de Naciones Unidas adoptó una Agenda Global por el Diálogo de Civilizaciones y un Programa de Acción para su implementación.

Alianza debe completar esas iniciativas²² y constituir la concreción política que puede fundamentar la convivencia intercultural y contribuir a limitar el conflicto. El Grupo también debe tener en cuenta, por ejemplo, las dificultades de la Unión Europea en este campo, sus dudas hacia la adhesión de Turquía, su incapacidad para asumir su realidad musulmana o los desiguales resultados de la Asociación Euromediterránea.²³

Si la propuesta es política, debe tener una concreción práctica: precisar sus objetivos, idear actuaciones, dotarla de los instrumentos necesarios, darle visibilidad, generar debate social e implicar de manera efectiva a las sociedades civiles. Sin embargo, el procedimiento seguido ha sido similar al de otras iniciativas promovidas por Naciones Unidas: el desarrollo de la idea se encomienda a expertos, que proponen ideas brillantes y frecuentemente irrealizables, que luego los gobiernos no siguen, con lo que el esfuerzo se desvanece. Evitarlo dependerá de la voluntad política de los estados y del grado de demanda social.

¿Una alternativa?

En este punto habría que abordar la singularidad y el calado de la propuesta. ¿Sólo busca una vía para gestionar los conflictos o pretende cimentar un consenso fuerte para la convivencia? Los promotores de la Alianza no la han presentado formalmente como una teoría alternativa, probablemente para evitar que esto genere rechazos y reste apoyos imprescindibles, pero algunos observadores han visto en ella los elementos de un nuevo paradigma, antitético al del choque de civilizaciones.

Fernando Vallespín,²⁴ por ejemplo, observa en la propuesta varios elementos que podrían caracterizar un paradigma alternativo. Por ejemplo, la voluntad de no aislar los conflictos identitarios de las cuestiones de asimetría de poder político y económico; de favorecer el diálogo y la creación de consensos sobre valores comunes; de promover el entendimiento mutuo y de incrementar la eficacia del ya existente sistema institucional de orden internacional. ¿Podrá la Alianza cumplir tales expectativas?

²² Domingo del Pino, «Alianza de civilizaciones, ¿retórica o necesidad?», *Política Exterior*, 106, 2005, pp. 141-153.

²³ Ver al respecto el artículo de Jordi Bacaria en este *Anuario* (N. del E.).

²⁴ Fernando Vallespín, «Alianza de civilizaciones», *Claves de Razón Práctica*, 157, 2005, pp. 4-10.

El riesgo de la contaminación esencialista-securitaria

Una de las principales justificaciones de la Alianza es la necesidad de combatir y prevenir colectivamente el terrorismo a escala global, con la singularidad de que la propuesta consiste en abordar las causas que dan pie a las tensiones y que son instrumentalizadas por los radicales. Sin embargo, la combinación del imperativo de la seguridad con las explicaciones culturalistas de la violencia puede distorsionar gravemente los objetivos de la iniciativa y vaciarla de sus elementos novedosos y diferenciadores.

El frecuente recurso a las explicaciones culturalistas de la violencia es deudor de las interpretaciones esencialistas de Bernard Lewis y del paradigma del choque de civilizaciones de Samuel Huntington. Estas teorías, que ligan identidad y seguridad, han contribuido a centrar el debate en la incompatibilidad de Occidente (sus valores, la democracia) y el Islam. Las explicaciones esencialistas y confrontativas, junto a la actualidad del islamismo radical violento, han influido en los primeros pasos de la Alianza y colocado a la religión en el centro del debate. Sin embargo esta interpretación, que tanto eco ha tenido y que tantos seguidores ha creado, ha sido cuestionada por numerosos estudios, que han intentado explicar la supuesta incompatibilidad.²⁵ Por todo ello se pueden señalar, al menos, tres riesgos:

- Una excesiva focalización sobre el imperativo de la seguridad puede seguir alimentando la ideología del miedo al otro y bloquear los componentes democráticos, cosmopolitas e innovadores de la propuesta. Como señala Juan Ramón de la Fuente, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, «frente al choque de civilizaciones es indispensable defender la identidad humana, común, plural, compleja y mestiza. Identidad inseparable de la aventura del hombre por encontrar soluciones solidarias. (...) El imperativo moral de las democracias es que éstas no pueden ser una bandera

²⁵ Por ejemplo Inglehart y Norris, a partir de los datos de la Encuesta Mundial de Valores, han mostrado que si bien se perciben obviamente diferencias, la línea de fractura entre sociedades occidentales y musulmanas no concierne a los valores políticos y la democracia, sino a cuestiones como la liberalización de costumbres, la igualdad de género y la religiosidad. R. Inglehart y P. Norris, «Islamic culture and democracy. Testing the clash of civilizations thesis», *Comparative Sociology*, 1:3, pp. 235-263.

para las conquistas, sino una bandera para la convivencia y la tolerancia».²⁶

- La propuesta no puede reducirse a Occidente y al Islam; tiene vocación universal y sólo así tiene sentido.
- Finalmente, la propuesta debe acotar lo cultural y religioso, elementos que hasta ahora han tenido una excesiva relevancia (prueba de ello es la elección de expertos, entre los que hay un número significativo de figuras religiosas de diferentes confesiones o especialistas en la materia). Es preciso salir de los parámetros identitarios y culturalistas y aligerar el componente religioso para reforzar el conocimiento mutuo y el debate pues, tal como señala Sami Naïr, la Alianza representa lo mejor de la tradición ilustrada occidental.²⁷

Una apuesta por un multilateralismo renovado

Un elemento crucial de la propuesta son sus actores, dado que pretende asociar a Naciones Unidas, gobiernos y sociedades civiles, en un enfoque que responde más a un internacionalismo de nuevo tipo que al multilateralismo clásico. Todo ello genera amplias dudas:

- A pesar de su desprestigio y limitada eficacia se asigna un papel central a Naciones Unidas. De hecho, los objetivos generales de la Alianza coinciden en gran medida con los de la organización. Esto plantea varios interrogantes: ¿Cómo puede relacionarse con la reforma de la ONU?, ¿cómo puede reforzar su eficacia?, ¿puede la alianza contribuir a reconstruir la comunidad internacional de naciones?, ¿es hoy en día el mejor lugar para concertar voluntades políticas y crear consensos políticos fuertes?, ¿es acaso el marco más eficaz para llevar a cabo políticas activas? No faltan voces que dudan de que Naciones Unidas sea el marco más propicio.²⁸
- De la voluntad política de los estados dependerá el avance real de la iniciativa, pero ¿hasta dónde se puede esperar una implicación

²⁶ Juan Ramón de la Fuente, «Hacia una alianza de civilizaciones», *El País*, 28 de noviembre de 2005.

²⁷ Sami Naïr, «La alianza de civilizaciones y diálogo para la modernidad», *El País*, 12 de marzo de 2005.

²⁸ Mohamed Talbi, «Una Alianza de Civilizaciones: el proyecto no debe confiarse a la ONU», *Afkar/Ideas*, otoño de 2005, pp. 78-79.

de los estados no democráticos o de las potencias con voluntad de hegemonía?, ¿se puede esperar que la implantación de la democracia en el vecindario de Europa se convierta en un elemento tan importante como la estabilidad?

- El papel de la sociedad civil es otra cuestión clave. Los promotores han señalado que, dados sus objetivos, la propuesta de Alianza de Civilizaciones no puede limitarse al nivel gubernamental. La sugerente propuesta de compromiso colectivo por la modernidad, desde valores compartidos, requiere el concurso de los pueblos organizados.²⁹ Uno de los retos es precisamente cómo implicar a las sociedades civiles, incluidas las de inspiración religiosa, y a las fuerzas transformadoras y democratizadoras, en la construcción de un pacto transnacional por la modernidad.

Por todo ello, una cuestión clave es si puede materializarse una propuesta de esta naturaleza desde una instancia como Naciones Unidas. La Alianza es algo muy innovador en la escena diplomática. Al apostar por el multilateralismo eficaz, el Derecho Internacional, la democratización y la participación de la sociedad civil, tiene muchas concomitancias con el debate sobre la democratización del sistema global y la ciudadanía cosmopolita.

Como señala el profesor de filosofía Daniel Innerarity, pese a su apariencia utópica el proyecto rebosa de sentido de la realidad, pero los retos son grandes. «Lo que algunos llaman Alianza de Civilizaciones, otros multilateralismo... sería el marco que permitiera resolver de manera civilizada, política, los nuevos conflictos que acompañan a la globalización. Para ello nos hace falta toda una nueva gramática cosmopolita de los bienes comunes, agudizar la sensibilidad hacia los efectos de la interdependencia y pensar en términos de un bien público que no puede gestionarse por cuenta propia, sino que requiere una acción multilateral coordinada».³⁰

Sin embargo, la naturaleza de los actores implicados y el anclaje institucional plantean posibles contradicciones entre los objetivos y los medios. Es coherente implicar a Naciones Unidas, pero hay que tener

²⁹ Del Pino, *Op. Cit.*, 2005.

³⁰ Daniel Innerarity, «El horizonte cosmopolita», *El País*, 8 septiembre 2005.

en cuenta que su práctica es establecer consensos débiles (porque las relaciones entre estados están sujetas a un Derecho débil, limitado por el principio de soberanía nacional). Por otro lado, se prima el papel de los gobiernos y es difícil imaginar la implicación de todos los estados en torno a un consenso fuerte (y menos, en el caso de los gobiernos no democráticos, si se hace participar a las sociedades civiles). Por ello caben dos opciones. O la Alianza se estructura sobre la base de un nuevo consenso blando, declarativo y que puede sumar a muchos (la práctica habitual de Naciones Unidas) y no va más allá, o se basa en un consenso fuerte y activo, que irremediablemente atraerá a pocos.

Quizá la fórmula más viable sea de carácter mixto. Podría comenzar con una declaración o una resolución, incluso una conferencia internacional o una sesión especial de la Asamblea General de la ONU sobre la Alianza de Civilizaciones, seguidas de un plan de acción (concreto, realista, factible y visible): un programa de trabajo que sería de adscripción voluntaria e implicaría a los países realmente comprometidos, pero con vocación de atraer progresivamente a más socios.

La urgencia de acciones conjuntas

A finales de 2006, el panel de expertos presentará un informe con la propuesta desarrollada, objetivos claros y propuestas concretas y viables. Se trata de una tarea compleja, dada la ambición de la iniciativa y las limitaciones políticas e institucionales existentes. El informe puede quedarse en otro ejercicio fútil, igual que muchos otros promovidos por Naciones Unidas y hoy olvidados y archivados en el departamento de propuestas brillantes e irrealizables de la organización. Sin embargo, en el actual contexto de agudización de las tensiones internacionales, también puede sacudir positivamente a Naciones Unidas y materializar algunas de las propuestas novedosas.

La reciente crisis provocada por la publicación de viñetas representando a Mahoma en la prensa europea, y por la ola de disturbios violentos en varios países de mayoría musulmana, ilustra la gravedad de la problemática que pretende abordar la Alianza de Civilizaciones y confirma, en todo caso, la necesidad y urgencia de iniciativas que afronten estas dinámicas confrontativas. La simplificación y la banalización provocadora, la arrogancia y la falta de sentido de la responsabilidad, la

instrumentalización transnacional por parte de radicales y de gobiernos en apuros... todo ello ha ahondado la desconfianza y el resentimiento. Por otro lado se han alimentado las percepciones esencialistas, se ha dado alas al discurso del choque de civilizaciones y se ha contribuido de forma muy grave a normalizar los estereotipos xenófobos, racistas e islamófobos. A pesar de los mensajes de muchos musulmanes moderados, se ha reforzado la imagen del «otro» como enemigo y como amenaza, mecanismo que suele ser el paso para legitimar el uso de la fuerza.

Esta crisis ha dado la ocasión para que los promotores de la Alianza de civilizaciones recuerden sus principios fundacionales e insistan en su urgencia. A principios de febrero, el primer ministro turco Erdogan y Rodríguez Zapatero firmaron un artículo conjunto en el que denunciaban la publicación de las viñetas «desde un punto de vista moral y político» y defendían la libertad de expresión, el respeto mutuo, la prudencia y el espíritu de convivencia que debe presidir las relaciones en la diversidad.³¹ Más tarde, con ocasión de la segunda reunión del GAN en Qatar, Naciones Unidas promovió una reunión entre actores internacionales relevantes —Unión Europea, Liga Árabe, Organización de la Conferencia Islámica— para adoptar una posición común respecto a la crisis.

Ésta ha puesto en evidencia la urgencia de empezar a actuar. Es imperativo superar el diálogo y actuar conjuntamente para asegurar la posibilidad de la convivencia y la cooperación. A nivel global las propuestas que puedan derivar del informe de los expertos serán, necesariamente, modestas en sus dimensiones y contenidos, para intentar ser eficaces y evitar la oposición de algunos gobiernos. Por ello es clave comenzar a pensar en alternativas objetivables al choque civilizatorio,³² a escala geográfica menor y comenzando por el entorno más inmediato.

En Europa, hay que encarar el reto político —porque afecta al concepto mismo de ciudadanía— de asumir y normalizar el Islam europeo. Algunos piensan que, de hecho, la propuesta de Alianza sólo es realizable en el contexto actual si se lleva a cabo a nivel local y nacional,³³

³¹ *International Herald Tribune*, 6 de febrero de 2006.

³² Manuel García Ferrando, «Globalización, valores sociales y choque de civilizaciones», *Revista Internacional de Sociología*, 42, 2005, pp. 127-150.

³³ Talbi, *Op. Cit.*, 2005.

donde puede ser más efectivo el ejercicio de conocimiento mutuo, comprensión, aceptación y acomodación de la diversidad. En este ámbito hay que revisar cómo se educa en la diversidad, reconciliarse con la historia, recuperar la memoria y asumir una diversidad en continuo cambio. Son positivas iniciativas como la que han anunciado el gobierno español y el Ayuntamiento de Madrid, para la creación de un «gran centro para la cultura de la paz», enmarcado en la idea de Alianza.³⁴ Pero es fundamental un enorme esfuerzo para que los sistemas educativos incorporen la diversidad, hacer memoria de la historia antigua y reciente, etc. El esfuerzo, además, debe implicar a las sociedades organizadas.

El reto debe contar también con una base política que favorezca la justicia y el Derecho a escala global, sobre todo porque es difícil imaginar el diálogo con el ruido de fondo de las ocupaciones militares en Irak y Palestina, con el apoyo occidental a las dictaduras de tantos países árabes y musulmanes, y con los dobles raseros que se aplican de forma general a esa parte del mundo.

³⁴ *El País*, 8 de febrero de 2006.